



## CAPÍTULO II

EN QUE DA CUENTA NUESTRO HÉROE DE SU VIDA, VINIENDO A SU VEZ  
EN CONOCIMIENTO DE LAS CUALIDADES QUE ADORNABAN A LA  
PASTORA AUREA.

—Dicen las mujeres que las preñadas encubren su preñez porque al no hacerlo así saldría fea la criatura. De la misma manera quisiera yo no dar noticia de mi origen para que no se desgraciara con la publicidad este secreto que tuve tras siete llaves desde que me retiré de mi palacio al buen vivir.

"Como muy bien sacaste por figura los sucesos, mi buen pastor, provengo de alta alcurnia por entrar a la parte de la nobilísima y esclarecida rama de los Palatinos, de los que me vino de casta el nombre.

"Los blasones de mi escudo se cuentan por docenas, teniendo en alta estima mi linaje por ser el más preclaro de cuantos el orbe haya tenido noticia, ya que por él atraviesan los más esforzados varones de una privilegiada estirpe.

"Inmensamente acaudalado, tal vez el no saber qué cosa es padecer falta de dinero haya sido parte a labrar mi infortunio, al no sentirme atraído con amoroso empeño hacia ninguna hermosa de cuantas se me mostraron a los ojos, supuesto que siempre anidé en mi pecho la sospecha de que, al brindarme sus amores, lo hacían movidas por irseles el alma tras mi dinero o por la codicia que en ellas despertaba el lujo que mi brillante e ilustre nombre podría facilitarles.

"De tal suerte, no embargante mi juventud y aventajada posición que me hacía ser envidiado por el resto de los mortales, consumido y gastado de la vida muelle y enervante que llevaba en la Corte, le tomé horror al orbe y asenté un buen día por necesario de romper con mi pasado.

"Y así, sin poner en conocimiento de persona alguna mis intenciones, le di de mano y me partí por el mundo, buscando en la paz de los bosques

y de los prados la calma que faltaba a mi espíritu, por cruzárame en la mente la esperanza de que tomando los trajes y libreas que más representaban y significaban las aficiones de mi corazón, si algún día logro haber a las manos la dama con quien sueño despierto, tendré la seguridad de que, al posar en mí sus ojos y entregarme su corazón, lo hará tan sólo movida por las cualidades que crea ver en mi persona y no por aquellas ficticias y vanas que facilitan honores y fortuna.

—A este respecto —contestó el toseco Rutenio—, doy seguro a voacé que si demora en un punto la partida y su mirada llega a cruzarse con la de Áurea, sus pies echarán raíces en este paraje y, como tantos otros, no tendrá ya ojos más que para mirarla con afición y con gusto, oídos para deleitarlos con el acento de sus baladas, palabras bastantes para celebrar con amplísimas alabanzas su hermosura, y sentidos para reverenciarla con el vasallaje y presentes, siendo así que se da tan buen aire y donaire en cuanto hace o dice que se lleva tras sí las voluntades, y aunque el pincel de mi ruda lengua será brochón grosero que sólo acierte a formar borrones al esgrimir su figura, sirva por lo menos de bosquejo el que, entre los bellísimos renombres que le dan, es conocida por excelencia y antonomasia como “Milagro de Naturaleza”, y, además de las relevantes prendas con que aquélla la dotó, de estar hermoseaada con la límpida vestidura de la gracia; y con ser de extremada belleza, nunca hizo alarde de la misma.

—¿Es honesta? —inquirió el doncel.

—Antes santa que nacida, pues que pone en el trono de su paraíso la honestidad, y su más honesto descanso en la comunicación campesina, atribuyéndose su preciosidad a sola virtud —replicó sin perder punto el pastor—. En toda ella no se echa de ver ni por semejas o hecho alguno que trascienda a deshonestidad, dando bastante abono de su virtud el mismo interés que muestran a las claras sus adoradores, quienes en ningún momento osaron tocar a la vira de su zapato, por cuanto que no tan sólo huyó siempre Áurea de dar a sus asiduos pretendientes algún contentamiento, mas aún de hacer cosa por donde imaginar pudiesen que en algún tiempo podrían tenerle, ya que es su dote la mesura y vergüenza.

“Sin temor a engaño, puede decirse que es aquesta la más hermosa ingratitud y belleza más ingrata que hombre alguno viera, a quien jamás por jamás pudo el mérito obligar, la fineza más hidalga interceder en su abono, los halagos interesar su voluntad, las ternezas rendir su autojo, ni dejarse doblegar su deseo de aparentes o reales fingimientos por no consentirle la pureza de su amor ni la honestidad de su fe, marchitando en sus principios toda esperanza y desesperando con su desdén a todos los que con sano o pérfido intento a ella se acercaron.

—En cuanto a esto, bien atinada anduvo —siguió el mancebo vándalico—. Y es natural por tanto que si su hermosura es al paso de su inteligencia y virtud, se haya conducido de tal guisa con los muchos pretendientes que la rodean, defendiéndose con especial amparo de sus malos deseos. ¡Aquella no es cabal honrada, que no es combatida y conquistada! De haber sido necia, no hubiese sabido perseverar en las cuali-